

Julio sepa, por manifestación de V. M., que no soy indigno del capelo de cardenal. Queriendo Guicciardini obtener dotes para sus hijas, le anima Maquiavelo á que se dirija á Leon X, le cita ejemplos de la generosidad de aquel pontífice, y le enseña el giro que debe dar á su súplica: «Todo consiste, le dice, en pedir con atrevimiento, y en mostrarse descontento cuando no se obtiene.» Todos los despachos de Maquiavelo en sus misiones políticas concluyen con pedidos de dinero; y esto es lo que hacen igualmente los otros embajadores. Anguillara, que vendía sus octavas á medio escudo cada una, y que por consecuencia hizo tantas, no habiendo recibido nada por una canción en honra del duque Cosme, se quejó de ella con arrogancia (10).

Pablo Jove, dispensador venal de gloria é invectivas, decía poseer dos plumas, una de oro (11) y

(10) «Hace más de seis meses que dí al secretario de V. E. en Venecia una canción mia, á fin de que la hiciese llegar á vuestras manos, como me prometió hacerlo y como era su deber. Hasta hoy no he tenido respuesta alguna ni de V. E. ni de su secretario, ni de nadie; lo cual me hace creer que no la ha recibido, porque sé muy bien cuán diligente y cortés es V. E. en contestar; y me parece imposible, si la hubiese recibido, que no me hubiese devuelto á lo menos canción por canción como de algún tiempo á esta parte ha principiado á usarse... En el caso, pues, de que dicha canción no haya llegado á V. E., le ruego haga que don Silvano, monge de la orden de camaldulenses, se la preste y la lea; porque no dudo obtener tan fina contestación cual conviene á vuestra grandeza. Estoy seguro que don Silvano tiene copia de ella, porque no sólo me contestó que la había recibido y me dió las gracias de palabra, sino que en recompensa me envió un rico regalo de telas delicadamente trabajadas, dignas, no de un fraile, sino de un papa, y de tal valor, que si los príncipes á quienes he escrito me hubiesen regalado á proporción, me encontraría con que tenía más telas trabajadas en mis baules que versos en la prensa... Si pues mi canción estuviese en poder de V. E. digo con resolución que el estar seis meses sin contestarme es hacer un desprecio á mi persona que nada tiene de duque; que creo no encontrará millares, como yo en los setos de Toscana, como halla zarzamoras; y yo ofendido por tanto silencio estoy tentado de hacer conocer mi resentimiento en una sátira en verso; pero he querido escribir en prosa porque me acuerdo que un florentino me dijo una vez en Francia con cierto motivo, que si las letras de cambio estuviesen en verso, no se pagaría ninguna; y deseo que se me pague la presente, á lo menos con una contestación, cualquiera que sea... Vuelvo á decir que habléis con don Silvano que me conoce, y según su modo de proceder manifiesta tener buen juicio y que conoce lo bueno; perdonad si por darme por aludido por un desprecio que me parece sufro con razón, me he estralimitado; sin embargo, soy aquel mismo servidor vuestro como dicen mis versos, refiriéndome á los cuales, concluiré deseándoos toda clase de felicidades y esperando una respuesta de duque, no de sofista.—Venecia 22 de mayo de 1563.

«Vuestro amigo y seguro servidor
Juan Andrés de la Auguillara.»

Ha sido publicada por Gamba en las *Memorias del Ateneo veneciano*, y es muy larga.

(11) «He mojado la pluma de oro en la tinta mas fina.

de plata, para igualar las alabanzas con los regalos. Amante de una vida muelle y disipada (12), causa disgusto verle mendigar con instancias, ya un rupon, ya un caballo, ya dulces, ya setenta resmas de papel para imprimir sus obras (13), ya dinero, (14) quejándose si estos regalos se hacían esperar, ó no eran proporcionados á su avaricia; llama trabajos perdidos á aquellos por los que no obtenía la recompensa que se los había hecho emprender. Príncipes y ricos personajes le daban á porfía con el objeto de que hiciese valer su dinero una tercera parte más (15). En suma, la idea que inspira gene-

Me considero obligado á consumir una botellita de la tinta más fina con mi pluma de oro, para celebrar las obras de vuestra santidad.»

(12) «Sabeis que en la actualidad descanso y no trabajo. *Quia nemo nos conducit...* Sabeis que no quiero estudiar sino vestido de pieles de marta y de lobo cerval...; que no cabalga en mulas mal enjaezadas...; que quiero comer dos veces al día y con potaje...; que necesito fuego desde san Francisco hasta san Jorge. Para hacer esto el hombre no debe dar tormento á la imaginación, *impensis propriis.*» *Cartas*, página 100.

(13) Carta á Isabel de Mantua, *Arch. stor. app.* II, 322.

(14) Escribe al marqués del Vasto: «Vuestra excelencia me hace saber, que quiere venir esta Semana Santa al Museo (su casa de recreo de Como). Le aguardo con estremada impaciencia, y sé que no abandonará sus costumbres liberales y magnánimas de llevar provisiones para un mes, aunque sólo salga por cuatro días, según lo hace cuando va á distraerse á las Gracias ó á San Víctor, por más que allí haya siempre abundancia de todo. ¡Cuánto deseo que venga V. E. al Museo entre tantos hombres inmortales, que si bien no comen, atraen sin embargo á muchísimos gastrónomos! Quiero que Pitigian sepa que los toneles de su bodega favorita están vacíos y suenan como los tambores. Sería una cosa digna de verse el que vuestra excelencia uniese á las provisiones que ha dejado otras semejantes... Creo que me será preciso trasladarme á Roma dentro de algunas semanas... No sé cómo he de hacerlo si vuestra excelencia, mientras que permanece aquí no hiera más de una vez la tierra con el tridente de Neptuno para que produzca un buen par de caballos. ¡Pero cómo se ha de suponer que tan gran príncipe pueda desmentir su generosidad habitual!» *Carta* del 25 de marzo de 1544. Pide á Lucas Contilio «manzanas, melocotones y carne de membrillo, en atención á que le han llegado de Nápoles un diluvio de estas cosas á la signora principessa.» Escribe á monseñor Farnesio: «Comienzo á elucubrar, y lo haré en honor de vuestra señoría, alguna cosa que la posteridad leerá, y esto es decir bastante. Pero vuestra señoría reverendísima é ilustrísima haga de manera que mi sobrino Alejandro sea obispo de Nocera.» 5 de setiembre, 1547; y á Gerónimo Anghiera: «Bendito seáis vos que, sin ofender á nadie, contentáis á todos, lo que yo procuro hacer también publicando esta historia.»

(15) «Estaría fresco, si mis amigos y mis patronos no se considerasen obligados para conmigo cuando hago valer su dinero una tercera parte más que el de los pícaros y libertinos. Sabeis que, gracias á este santo privilegio he vestido algunos de rico brocado, á otros, por el contrario, de tela ordinaria por sus méritos; y peor para los que les ha tocado la suerte. Si nos atacan como tiradores, nosotros usaremos de la artillería gruesa. Sé bien que ellos

ralmente á los escritores es adquirir dinero y protectores, ya haciendo reír con una novela, como *Belfegor*, ó con un poema entero como el Ariosto, ya gimiendo como el Tasso, ó componiendo obras dignas de condena, como el *Príncipe* ó la *Hija errante*.

Así como el amor engendra el odio, la alabanza produce la sátira, y de aquí las ruidosas cuestiones de aquella época. «Los literatos, dice Gerónimo Negro, están en guerra: Pedro Cursio combate contra Erasmo sobre la palabra *bellax*, para decidir si se toma á mal por lo que respecta á la guerra, ó si no es más que un *verbum merum*. Todos los días aparecen nuevos libros é invectivas sobre este asunto; los hay entre ellos que contestan en nombre de Erasmo á Cursio y éste se enfurece.»

Habiendo estallado una terrible lucha con motivo de Petrarca, entre Tassoni, José de los Aromatari y Brusantini, se hicieron prisioneros, y resultó de ello un proceso. Los Médicis se divertían con los sonetos, que mutuamente se dirigían Luis Pulci y Mateo Franco. Gerónimo Ruscelli llegó á las manos con Ludovico Dolce, pedante como él, y ambos no se animan más que para lanzarse la injuria; Sigonio se defiende de Robertello en cuestiones de erudición; Geraldí Cintio con Pigna, Pablo Manucio con Lambino, porque quería imprimir *consumptus* sin *p*; y habiéndole presentado su adversario un mármol en el que estaba escrito *consumptus*, se lo tiró á la cabeza. Varchi disputa con Lasca y con Pazzi, que le invita á que le mande sus manuscritos para hacer encerados, á fin de que vean la luz á lo menos por un invierno; posteriormente fué dado de puñaladas por algunos señores que creían haber sido injuriados en su historia. Pedro Angeli, llamado Bargeo, se ve precisado á abandonar á Bolonia por versos picantes, y dar después muerte á un francés en desafío. Anton Francisco Rainer, poeta milanés, es muerto por un amigo suyo; Diomedes Borghesi tiene que andar errante fuera de Siena, su patria, á causa de sus disputas; Dionisio Atanagi usurpa una traducción á Mercurio Concorecio que le acomete é hiera. Chiabrera da también muerte á un caballero romano; Davila á otro, y en fin, él mismo es asesinado. Torcuato Tasso da puñaladas; Boccacini fué muerto después de haberle golpeado con sacos llenos de arena. Murtola y Marini se hacen la guerra de tal modo, que el primero le dispara un tiro al otro, y llega hasta á hacer el oficio de espía, como lo hizo tal vez Anibal Caro con respecto á Castelvetro.

Aretino, 1492-1556.—Pedro Aretino, á quien nos hemos abstenido de colocar en la categoría de los literatos, ofrece el ejemplo de la más desvergonzada audacia para pedir, alabar y censurar. Dotado de talento natural, sin cultura: Yo, decía, no sé bailar ni cantar, pero si hacer el amor como un

morirán y que nosotros sobreviviremos á nuestra muerte...» *Carta* 12.

asno. Conoció su siglo, y puso por obra el descaro y el libertinaje con la certeza de llegar de esta manera á la gloria de donde estaban escluidas entonces las virtudes tranquilas. Conoció el poder de la prensa; y en lugar de sonetos lánguidos ó períodos contorneados, se dedicó á injuriar en un estilo desordenado. Sus primeros escritos hicieron se le espulsase de Arezzo, donde había nacido de una prostituta en un hospital. Llegado á pié á Roma, entró de criado en casa del cardenal Chigi, el Mecenas de Rafael; después fué arrojado de aquella casa por ladrón. Vivió del libertinaje, se hizo capuchino, ahorcó los hábitos, aduló, quitó el crédito, robó un hermoso vestido para presentarse á Leon X, á quien ofreció alabanzas que le valieron un puñado de ducados; obró de la misma manera con respecto á Julian de Médicis, que le dió un caballo, y adquirió fama escribiendo ciertas cosas que no exigen más que desvergüenza.

Su única ciencia es ostentar su ignorancia, y saber despreciar las letras cuando todos los demás las idolatran; lanzar al acaso metáforas en medio de la esterilidad culta de aquellos humanistas, é infamar los estudios y sus imitadores. «Me río de los pedantes, que creen que el saber consiste en la lengua griega, y dan gran importancia al en *bus* y en *bas* de la gramática... No me he separado por ignorancia de las huellas de Petrarca y Boccacio, porque sé lo que son, sino por no perder mi tiempo, mi paciencia y mi reputación, siguiendo la locura de querer transformarme en ellos. El pan seco en nuestra casa aprovecha más que el que se come con muchos manjares en mesa ajena. Imitación aquí, imitación allí, todo es imitación para la mayor parte de los escritores. Admiro al que inventa, y me río del que imita; porque los inventores son dignos de admiración, y los imitadores ridiculos. Por lo que á mí corresponde, me esfuerzo tanto en separarme de las costumbres del saber, y en encontrar algo nuevo, que puedo jurar ser siempre yo mismo, y nunca otro. No niego la divinidad de Boccacio, reconozco que el modo de componer de Petrarca es maravilloso; pero aunque admirador del génio, no trato de servirme de ellos como de una máscara, creo en el juicio de estos dos talentos eternos; pero aun creyendo en ellos, concedo también alguna poca de fe al mio.»

De esta manera llego á ser temible, buscado ó despedido por unos y por otros, ya se aprobase ó detestase su vida desarreglada, ó se asustasen de sus terribles ataques. «Me encuentro en Mantua, cerca del señor marqués, y en tan gran favor, que deja la comida y el sueño por hablar conmigo. Dice que no encuentra placer completo en otra parte; y ha escrito de mí al cardenal cosas muy honrosas, que ciertamente me aprovecharán. Me ha regalado además trescientos escudos, y aun me hace otros regalos. He comenzado á recibirlos en Bolonia. El obispo de Pisa me ha dado una casaca de raso negro, la mejor que he visto; y de este modo me he presentado en Mantua como un prin-

cipe.» Habiendo pintado Julio Romano diez y seis figuras voluptuosas, y grabádas Marco Antonio Raimundo, obtuvo el Aretino su perdon de Clemente VII, y añadió á ellas igual número de sonetos descriptivos. Aquel resultado de una infame alianza de las bellas artes se estendió por el mundo, y aumentó la miserable fama de aquel escritor venal. Echado entonces de Roma, que parecia perder la vida perdiéndole, se refugió al campo de Juan de las Bandas Negras. Llegó en el momento en que aquel jefe acababa de conceder á los suyos una *noche franca*, es decir, la facultad de pasar el tiempo á su antojo: júzguese entonces de los escesos, riñas, robos, amores suplantados, pagafios ó conquistados, de las violencias de aquella escena infernal y de la parte que tomó en ella el Aretino. Juan, que en nada cedía al más bribon de sus bribones, celebró tan hermosa adquisición: quiso tenerle siempre á su lado en la mesa, y á veces en la misma cama; pensó en hacerle príncipe (16), y le presentó á Francisco I, que le regaló una cadena de oro, y no pudo ya pasarse sin este bufon de nueva especie (17). Enrique VIII le envió tambien trescientas coronas de oro de una sola vez; Carlos Quinto le concedió una pension, y le hizo ir á su derecha; Julio III le dió mil coronas de oro con el diploma de caballero de San Pedro, lo cual le hizo hasta concebir la esperanza de llegar á ser cardenal. Tomó el nombre de *Divino*, y de *Azote de los príncipes*. Los primeros artistas quisieron hacer su retrato; y no sólo se acuñaron monedas en honor suyo, sino en el de su mujer é hija; y se leía en el reverso de una de ellas: LOS PRÍNCIPES QUE RECIBEN LOS TRIBUTOS DE LOS PUEBLOS LOS PAGAN Á SU SERVIDOR (18).

(16) *Sotto Milan dieci volte, non ch'una, Mi disse: Piero, se di questa guerra, Mi campa Dio e la buona fortuna, Ti voglio insignorir della tua terra.*

«En Milan me dijo no una sino diez veces: «Pedro, si con la ayuda de Dios y de mi buena fortuna sucede que salgo vencedor de esta guerra, quiero hacerte señor de tu país.»

(17) Juan le escribia: «Se me quejó el rey con razon de que no te habia llevado conmigo, como acostumbraba. Dije que era la culpa de que te agradaba más la corte que el campo. Su majestad me replicó que tenia que escribir para que fueras. Sé que no dejarás de venir, tanto por tu interés como por verme, cuando sabes que no puedo vivir sin Aretino.»

(18) «Tantos señores me rompen de continuo la cabeza con sus visitas, que mis escaleras están gastadas con sus pisadas, como el suelo del Capitolio por las ruedas de los carros triunfales. No creo, para espresarme de esta manera, que Roma haya visto nunca una mezcla de naciones parecida á la que se presenta en mi casa. Vienen á ella turcos, judíos, indios, franceses, alemanes y españoles. Ahora bien, pensad lo que hacen nuestros italianos. No hablo del pueblo bajo; porque es más fácil separaros de vuestro afecto imperial, que verme un solo momento sin soldados, sin estudiantes, sin frailes y sin sacerdotes á mis

Carlos Quinto, que aspiraba á la monarquía universal, prodiga los honores al *divino* Aretino, que se espresa con respecto á él en estos términos:

«Estoy admirado no de que no me haya honrado segun me dijisteis, sino de que la modestia del religioso emperador haya sobrepujado á lo que vos pensabais. Encontrándole casualmente en el camino, además de mandarme que fuese á caballo con él, me dió la derecha, lo cual es un acto tan digno de su clemencia, cuanto indigno de mi condicion. Yo seguramente estoy fuera de mí al verle y oírle; así es que el que no le oye ni le ve, no puede figurarse la prudencia y la familiaridad de aquel agradable afecto...»

«Con qué destreza se insinúa en su ánimo, protestándole que los pintores no le han hecho favor en sus retratos, y hablándole Isabel de su difunta mujer! «Cuando después le dije que no creía que mis escritos fueran leídos por él, que tiene en sus manos los destinos del mundo, contestó que todos los grandes de España tienen copia de lo que le he escrito sobre la retirada de Argel. Me contó toda aquella expedicion con detalles, y mi corazón vertió lágrimas; tan conmovido estaba cuando le oi decirme: *¿Y con qué objeto hubiera yo querido vivir más, si tanta gente habia muerto por mí en aquella empresa?* Aun siento temblando resonar en mis oídos el sonido de su palabra augusta...»

«Mi poca vanidad me hacia olvidar que cabalgando, habia llamado á los respetables embajadores de Venecia, y que dijo á sus escelencias serenísimas: *Honrados amigos: no os costará trabajo ciertamente decir á la señoría que le pido por favor tenga consideraciones á la persona del Aretino como á una que me es querida.*»

En efecto, aun cuando todo el mundo lo despidió, Venecia, donde la licencia es general y donde se puede hacer todo con libertad, con tal de que no se hable de los asuntos de Estado, Venecia le está siempre abierta: «Yo que he acabado de aprender á ser libre, escribí al dux Gritti, en la libertad de tan gran Estado, rechazo la corte para siempre, y hago aquí mi tabernáculo eterno para los años que me quedan, porque la traicion no tiene lugar en este punto; el favor no puede faltar al derecho; aquí no reina la crueldad de las prostitutas; aquí no manda la insolencia de los afemina-

alcances. En su consecuencia, me parece haberme convertido en el oráculo de la verdad, pues todos vienen á contactarme la sinrazon que han sufrido de tal príncipe ó tal prelado; soy, pues, el secretario del mundo, y no tenéis más que titularme así en los despachos que me dirijais.»

«*Qué Cartas*, tomo I, pág. 206. MAZZUCHELLI, pág. 57. «*Qué* sábio griego ó latino es igual á mí en la lengua vulgar! ¿Qué colosos de plata y oro son comparables á los capítulos en que yo he esculpido al papa Julio, al emperador Carlos, á la reina Catalina y al duque Francisco Maria! Si hubiese predicado á Cristo del modo que he alabado á César, tendria más tesoros en el cielo, que deudas tengo en la tierra.»

dos, aquí no se roba, no se violenta, no se mata. Por esto es por lo que yo, que he hecho temblar á los culpables y tranquilizado á los hombres de bien me entrego á vosotros, padres de vuestros pueblos, hermanos de vuestros servidores, hijos de la verdad, amigos de la virtud, compañeros de los extranjeros, sostenes de la religion, observadores de la fe, ejecutores de la justicia, héroes de la caridad y súbditos de la clemencia. En su consecuencia, ilustre príncipe, recibid mi afecto en un rincón de vuestra piedad, á fin de que pueda alabar á la nodriza de las demás ciudades y á la madre elegida de Dios, para hacer al mundo más famoso, dulcificar las costumbres, para dar humanidad al hombre y humillar á los soberbios, perdonando á los que se descarrian.... ¡Oh patria universal! ¡oh libertad comun! ¡oh asilo de las naciones dispersas!»

Quando vuelve á Roma: «Estuve siempre fuera de mí, únicamente por temor, cuando la buena acogida que me hizo el papa, cuando me besó abrazándome con una ternura fraternal, no me escitase á concluir mis días en aquel palacio, donde me dieron habitaciones de rey, más bien que de servidor. Ya se ha visto realmente la emocion tumultuosa que han manifestado las poblaciones por cada punto por donde hemos pasado, para aprovechar la milagrosa casualidad de contemplarme, honrarme y hacerme regalos, de tal suerte que la misma peste de su veneno ha hecho desaparecer la envidia... La opinion comun asegura que en el número de todas las felicidades que merece su beatitud, el supremo pastor cuenta la de haber yo nacido en su época, en su país, y que le soy enteramente afecto.»

Sin embargo, aun no le parecen suficientes tantos honores y bienes: «Leon y Clemente escribe á Hersilia del Monte, sobrina de Julio III, en lugar de limpiarme el sudor de la servidumbre con manos dispuestas á la recompensa, las mancharon en mi sangre con una crueldad ardiente, sólo porque no sé engañar, porque la verdad es mi ídolo, porque la adulacion no es de mi gusto, porque huyo del libertinaje, porque obro con libertad, porque conozco á los bribones, porque odio á los ingratos y porque (no quiero decirlo por modestia, sin embargo, se sabe y nadie lo niega) no me falta creencia en la Iglesia, después de ofensas tan moras y turcas, de lo cual dan fé los libros que he escrito sobre Jesucristo y sobre los santos. Sea lo que se quiera, es lo cierto que soy conocido del Sofí, de los indios y de todo el mundo, al igual de aquel cuyo nombre resuena en el día en boca de la fama. Aun más, los príncipes que reciben los tributos de los pueblos son de continuo mis tributarios, mientras que yo soy su esclavo y su azote á la vez. No cito la fuerza de este milagro increíble por orgullo ó vanidad, pero lo digo para confesarme á mí mismo la obligacion que tengo con Dios que me ha hecho tal.»

Dinero, joyas, trajes llovian en su casa. «La alquimia de su pluma ha estraído de las entrañas de

los príncipes más de veinte y cinco mil escudos de oro;» tenia dos mil de pensiones; pasa por haberse embolsado más de ochenta mil en toda su vida. Francisco I le envió un collar formado de lenguas entrelazadas, con la punta roja, y la frase: *Lingua ejus loquetur mendacium*. Carlos Quinto le mandó otro del valor de cien zequetes, despues de su derrota de Berberia, para ponerse al abrigo de su burla; pero él contestó tomando en peso la cadena: «Es muy ligera para tan gran tontería.» Dijo al tesoro de Francia que le pagaba una suma: «No os admireis si me callo; he consumido mi voz pidiendo, y no me queda ya para dar gracias.»

Si tardan en darle, amenaza con poner á Cristo en manos de los turcos. «Voy á comenzar entretanto, escribe á un confidente del papa, á ocupar enteramente mi pluma en el *Santorál*: tan pronto como lo componga, os juro (que en caso de que no me dieran con qué vivir) dedicarlo al sultan Soliman, haciendo la epistola de una manera tan nueva, que el mundo se asombrará en los siglos venideros; porque será cristiana hasta el punto de hacerle dejar la mezquita por la Iglesia.» Si son pobres los regalos que se le hacen, no los admite. «Le he enviado sus diez ducados, rogándole se digne, recobrando sus regalos, devolverme las alabanza que le he prodigado, porque no me parece conveniente honrar á aquel que me infama hasta el punto de envilecerme, aceptando lo que más bien es una limosna para mendigos, que regalos para personas de talento. Es cierto que conviene á los que compran la gloria ser generosos, dando, no segun el grado de su corazon, sino como lo requiere la clase de aquel que las adjudica, porque las pobres plumas tienen mucho que hacer para levantar del suelo un nombre pesado como el plomo por su falta de mérito (19).

Véase hasta dónde llegaba su descaro, se titulaba *hombre libre por la gracia divina*, y escarneció á los príncipes en general, aunque alabándolos en particular; ó denigraba á aquellos que tenia interés en atacar escitando las mútuas envidias. «He tenido la fuerza de secundar la altura de los grandes con escesivas alabanzas, permaneciendo siempre en el cielo en alas de las hipérboles. Me ha sido preciso trasformar las digresiones, las metáforas y las pedanterías, en cabrestantes que conmueven, y en tenazas que abren; es necesario obrar de manera que mis escritos interrumpan el sueño de la avaricia.»

(19) Escribia á Francisco I: «Absteneos al menos de prometer á las personas de talento, á fin de que no tengan donde saciar su hambre, después de haberse consumido en esperanzas... ¿No sabeis, señor, que no conviene á la clase de vuestra alteza acordaros de los seiscientos escudos, que segun vos mismo dijisteis á mí enviado, debian serme pagados aquí por el embajador? Considere, pues, vuestra gloria la injuria que se hace á sí misma dirigiendo la recompensa que me ha ofrecido y que por todas partes preconjo.»

No eran solo los príncipes para él las únicas testas coronadas, sino también los que ocupan el primer lugar en las artes y en la literatura, los que no dejaban de ofrecerle su tributo. Ariosto le colocó entre aquellos con que se honra la Italia; Ticiano adoptaba sus consejos, y le retrató varias veces (20); preguntaba Miguel Ángel, «punto de mira de las admiraciones, adonde el favor de los astros ha lanzado á porfía todas las flechas de sus gracias,» el permiso de proclamar sus alabanzas, «porque la Europa tiene varios reyes, y sólo un Miguel Ángel,» el gran artista le contestaba: *A mesire Pedro, mi señor y hermano;* después le exhortaba á mencionarle en sus escritos: «No sólo los estimo mucho, sino que os suplico lo hagáis considerando como consideran los mismos emperadores y los reyes un gran favor ser nombrado por vuestra pluma.»

Fernando de Adda, rector de la Universidad de Padua, le escribió un epigrama en que le pone sobre Carlos Quinto y Francisco I; ninguna academia quería estar sin su nombre, ninguna galería sin su retrato, el cual se veía también en los gabinetes de los príncipes como en las tiendas y en los lupanares; se esculpían en las medallas, no sólo su efigie, sino las de los frutos de sus amores: la ciudad de Arezzo le declaró noble y gonfalonero honorario; hay un volumen de cartas en su alabanza; y lo que es más le llamaron el quinto evangelista.

Quando se ve á aquel hombre escribir en un estilo contorneado y extraño, con frases afectadas, fuera de lugar y sembradas de metáforas extravagantes, se dudaría de aquel irresistible poder, si no lo viésemos usurpado en nuestros días por algunos que tienen el descaro de decir y hacer lo que repugnaria á un hombre honrado. ¡No se crea, sin embargo, que salió bien de todos aquellos de quienes se burló! Fué manso como un cordero con los que supieron enseñarle los dientes, como Albican-

(20) Véase cómo el Aretino, aunque amigo del Ticiano, hablaba de su admirable retrato:

«A Cosme I.—Venecia, 17 de octubre, 1545.

«Señor mío: la cantidad no pequeña de dinero que posee el Ticiano, y también el gran deseo que tiene de aumentarla, es causa de que, no cuidándose de sus obligaciones para con los amigos, ni de su deber para con los parientes, se ocupe con extraña ansiedad de lo que le promete gran provecho. No es, pues, de admirar si, después de haberme entretenido seis meses con la esperanza, se ha ido á Roma atraído por la prodigalidad del papa Paulo, sin hacerme el retrato de vuestro inmortal padre, cuya plácida y temible estatua os enviaré tal vez tan exacta, como si saliese de mano del referido pintor. Entretanto, os remito un retrato mío, que él mismo ha ejecutado con su pincel. Puede decirse que está respirando, que tiene pulso y espíritu, y se mueve como yo lo hago en vida; y si hubieran sido en mayor número los escudos que le he dado, los paños serían brillantes, mórbidos y rígidos como el mismo terciopelo y el brocado. No hablo de la cadena, porque está pintada; que *sic transit gloria mundi.*»

te, Berni y Bernardo Tasso. Algunos le escarmentaron, lo que hacia le llamase Boccalini, «iman de los puñales y de los palos.» Un tal Volta, su rival en los favores de una condesa, le dió cinco estocadas; Pedro Strozzi, á quien nombró en un soneto, le previno que si le acontecía otra vez volver á nombrarle, le haría matar; y no olvidó la insinuación. El embajador de Enrique VIII, de quien habia sospechado, se quedaba con una parte de los regalos que le mandaba su amo, le hizo apalear; y dió gracias á Dios que le concedió la fuerza de perdonar las ofensas. Tintoretto á quien habia insultado le llamó á su taller, con el pretexto de hacer su retrato; y sacando entonces un pistolete comenzó con él á medir su estatura y su ancho, y concluyó diciendo: «Teneis dos pistoletes y medio de longitud, acordaos de ello;» después le despidió muy asustado, pero enteramente dispuesto á cantar sus alabanzas. Otros cayeron sobre él atacándole con sus propias armas, como Gerónimo Muzio, Berni, Doni y otros.

Este último publicó el «Temblor de tierra de Doni, florentino, con la ruina de un gran coloso, antecristo bestial de nuestra edad; obra escrita en honor de Dios y de la santa Iglesia, no menos que para la defensa de los buenos cristianos.» El prefacio está dirigido al infame y criminal Aretino, origen y fuente de toda iniquidad, miembro podrido de la pública falsedad, y verdadero antecristo de nuestro siglo.

Aquel Antonio Francisco Doni, hombre y escritor de los más extravagantes, ha dejado, entre otras composiciones, las piezas tituladas, la *Calabaza*, los *Mármoles*, los *Mundos*, las *Pinturas* y las *Pistololas*, que representan dichos burlescos y locuras. Fué el enemigo encarnizado de Ludovico Domenichi, escritor superficial y árido, á quien acusó de plagios (pecado muy comun entonces), y no sin fundamento, según parece, porque en sus *Dialogos* se encuentra uno que habia aparecido diez años antes en los *Mármoles*; habia publicado también diferentes traducciones como trozos originales. En una carta que para eterna vergüenza suya ha quedado, Doni le acusó con toda la infamia de un delator (21), y tuvo el despecho de no ser escuchado.

(21) «Todos los miembros debieran estar unidos á una buena cabeza; ahora bien, si hubo alguna excelente, ésta fué la majestad de Carlos Quinto. Soy su afectísimo servidor, y en mi ardiente celo, noche y día procuro mostrarme reconocido á S. M. y á todo el que hace por amor suyo honrosas empresas. Vuestra excelencia debe, pues, saber que un tal Luis Domenichi, de Plasencia, es uno de los más grandes traidores que hay en el mundo; y según lo que puedo comprender, tenia antiguamente con un desterrado ó un súbdito rebelde del duque de Plasencia, inteligencias contra S. M., como vuestra señoría podrá conocerlo por la adjunta carta. Este rebelde debía obtener su perdón si hacia alguna traicion, como se puede conjeturar por esta carta, que está escrita por mano del secretario nombrado Francisco Antonio Riniero. Que el tal Luis Domenichi es

Tuvo Aretino por imitador á Nicolás Franco de Benevento, unas veces su amigo y otras su enemigo; mendiga con impudencia, no sin obtener, y ataca en sus sonetos á los reyes, á los papas, á los cardenales, á los sábios con tal violencia y rabia, con tal descaro y grosería, que hace avergonzarse del nombre de literato. Aretino le empleó para escribir sátiras; y cuando riñeron se destrozaron mutuamente. Nicolás, tan vil en la alabanza como insolente en la invectiva, se titulaba *flagellum flagelli*, y le lanzaba injuriosas obscenidades. Dirigió una virulenta carta á los infames príncipes de su infame siglo, con motivo de los favores que concedían á semejante monstruo (22). Comentó á la *Priapea*, y recibió también su parte de estocadas heroicas, como decia Aretino; pero habiéndosele ocurrido atacar en sus escritos á una persona poderosa, Pio V le condenó á la horca: *¡Es demasiado!* exclamó Franco; y fué estrangulado.

Entre tanto, Aretino continuaba componiendo sátiras, comedias, cartas, libelos, que dedicaba á personas instruidas ó pertenecientes á la Iglesia, haciendo libros con tal impudencia, que no se pueden siquiera nombrar, y al mismo tiempo sermones, obras de un ascetismo exagerado, vidas de santos, en las que habia tanta materia para merecer la hoguera como en sus más cínicos escritos. Por fin marchó á Venecia, «receptáculo de toda inmundicia,» como dice Boccaccio, y donde sus hermanas tenian una casa de prostitucion. Un día que les escuchaba contar las proezas graciosas de aquella casa, una risa leca se apoderó de él, y al

enemigo de S. M imperial, es lo que resulta de un soneto impreso (porque es poeta), del cual es adjunta copia, y es evidente que es enemigo de vuestra señoría ilustrísima, aunque una luz no puede hacer sombra al sol, puesto que ha compuesto otro soneto contra Mantua, por lo que hubiera merecido en otro tiempo ser desterrado como una obra buena. Pero yo creo más bien que conserva un odio particular á vuestra señoría, porque los oficiales de justicia han ahorcado de las almenas de Pavia (del castillo quiero decir) á uno de sus hermanos. Ahora bien; este mal hombre, mala lengua, y cuyas acciones son peores que la lengua, piensa volverse á Plasencia; y creo que no medita nada bueno, en atención á que la víspera de carnaval fué á Roma y volvió al momento. Vigile vuestra señoría ilustrísima estas cosas y siga en silencio los pasos y conducta de este mal sugeto, para que no pueda causar ningun daño á S. M. y al Estado; le ruego no le castigue; y si le perdona, considerando más bien en él un hombre apasionado que malo. Que vuestra señoría se digne escusarme si he hablado con poca reverencia, é imputar la culpa al amor que tengo á S. M. imperial, como también al profundo afecto que profeso á todos los personajes que se asemejan á vuestra señoría ilustrísima, cuyas manos beso saludándole con todo respeto.

«Florenca 3 de marzo de 1540.

«Su muy humilde servidor, Antonio Francisco Doni.»

(22) «Príncipes, os he hablado en verso; ahora os hablo en prosa. Podeis conocer el papel que desempeñais en medio de tantas infamias, si vuestra indiferencia no es tan ciega para leer, como lo ha sido para dar.»

dejarse caer en su asiento, se hirió mortalmente. Después de haber recibido el santo óleo, *Libradme de las ratas*, exclamó, *ahora que estoy untado de grasa*. Y murió en un lugar y de una manera digna de su vida.

Menos perverso que él, Benvenuto Cellini no se manifiesta menos extravagante. Lleno de admiración por el muy divino Miguel Ángel, no la tiene menos por las estocadas dadas por los espadachines, y por los que desplagan en los duelos un corazón tan valeroso: toca la trompeta y la flauta, y se jacta de ello no menos que de manejar el buril. ¡Desgraciado del que le toque con la punta del dedo ó se encuentre con él en rivalidad del oficio! No encuentra bastantes espresiones para designarlos, y no tolera en su jactancia que se la ponga, sino á Miguel Ángel: se le creeria un fanfarrón inútil, si no existiesen sus admirables obras. Si se dirigen los alemanes en 1527 á sitiar á Roma, se hace artillero contra aquella *infernalidad cruel* y su mano dirige el tiro que da muerte al condestable de Borbon, y hiere al principe de Orange. Se queja que no se le haya dejado disparar cuando pretendia destrozár á los jefes del ejército enemigo reunidos en consejo. Se arrodilla delante del papa, pidiéndole la remision de las muertes que ha cometido en servicio de la Iglesia; y habiendo el papa levantado las manos, y héchole una gran señal de cruz en el rostro, le despide con la absolucion. Es admitido en la intimidad de los príncipes; el gran duque va de cuando en cuando á hablar con él á su taller; los pequeños príncipes de Italia, los cardenales, las mujeres de los reyes, las queridas de los otros se disputan la posesion de algunas de sus obras. El papa le dijo: «Si fuera un rico emperador, daría á mi Benvenuto tantas tierras como pudiera abarcar con la vista; pero como en el dia somos pobres emperadores arruinados, sólo podemos darle todo el pan que necesite para saciar su poco apetito.» Pero los regalos no se verificaban, ó eran siempre muy cortos para su mérito grande, ó para su presuncion aun mayor. Se le escasean hasta las alabanzas; y entonces da suelta á una lengua que pica como un dardo, á un mosquito «con el cual da en una moneda», y á la excelente espada, con la que ha acometido muchas veces á sus enemigos ó á los esbirros.

Si un posadero se hace pagar demasiado caro, «se le ocurre la idea de prender fuego á la casa ó degollar á cuatro hermosos caballos que tiene en su caballeriza.» Pero se contenta «con destrozár cuatro camas con su puñal.» Otra vez da de estocadas á su enemigo que cae muerto: «No era esta mi intencion, dice, pero las estocadas no son condicionales.» Defrauda con valor al papa mucho de oro que emplea, aunque haciéndose absolver después; roba doncellas, pierde mancebos, y cuenta sus desafueros con tanta seguridad como si fueran actos meritorios; pretende que «los hombres como Benvenuto, únicos en su profesion, no están sujetos á las prescripciones de las leyes,» y cree que

se le falta considerablemente, cuando por primera vez se le pone preso á la edad de treinta y nueve años.

Por lo demás, tiene tambien su moral al servicio de sus pasiones; y si uno de sus enemigos muere, «se ve que Dios tiene cuenta de los buenos y de los malos, y retribuye á cada uno segun sus méritos.» Es religioso y crédulo. Le hacen ver en el Coliseo el conventículo de los demonios, donde es el único que no tiene miedo. Metido en una prision lee continuamente en ella la Biblia en italiano, donde se encuentra favorecido con apariciones de Dios y de los santos, de lo que procede que tiene sobre la parte superior de la cabeza una pequeña llama «que han podido ver perfectamente todos aquellos del corto número á quienes he querido mostrarla.» En fin, alegre con poderse fugar del castillo de San Angelo, «á despecho del que manifiesta la verdad en la tierra y en el cielo, perdona libremente á la santa madre Iglesia, aunque haya cometido para con él esta culpa criminal. Después en el terrible momento de la fundicion de su estatua de Perseo, momento cuyas angustias no pueden ser sentidas más que por un artista, invoca el socorro de Dios, y como es esta devocion á la que atribuye su inesperado éxito, emprende una peregrinacion, cantando de continuo en honor de Dios salmos y oraciones.»

Sin cesar de reir y de cantar es como fué desde Florencia á París á través de los mayores peligros. Llegado allí, comienza á vivir con toda magnificencia, «con tres caballos y tres servidores;» se le alojó en un palacio real; pero la envidia se desencadena contra él, y se lisonjea con tener enemigos poderosos. Tal fué para él la duquesa en Florencia, y madama de Etampes en París. Arma camorra con los cortesanos á quienes llama rompemolletas (*scannapagnotte*); y siempre son subalternos los que trastornando las buenas intenciones del rey con respecto á él, las hacen abortar. Encuentra en París «cierta raza de gente que se llaman aventureros, los cuales asesinan en las calles; y aunque se ahorca á algunos, parece que no hacen por esto gran caso.» Encuentra allí otro inconveniente, á saber, los procesos (23); porque «al momento que comienzan á ver alguna ventaja en el litigio, encuentran ocasion de venderle; algunos lo han dado en dote, y los hay que se entretienen en comprar los procesos. Hacen otra cosa peor, y es, que los normandos, en su mayor parte, prestan testimonios falsos. Resulta de ello que los que compran un proceso instruyen al momento á cuatro ó seis de aquellos testigos, segun la necesidad; así es que los que no pueden presentar otros tantos en sentido contrario, y que no conocen la costumbre, oyen una sentencia condenatoria.» Con

(23) L'Hopital decia en 1560 al parlamento de Paris: Puede decirse que hay más procesos en el Chatelet de Paris que en toda la Italia.

respecto á él, cuando ve que su causa toma mal giro, «recurre para su asistencia á una grande daga, y corta las piernas á uno y el otro es herido, de manera que el proceso se estaciona;» de lo cual da gracias á Dios, como de las demás cosas.

Tanto como es temido de los otros, cree deber por sí mismo el sucumbir en peligros continuos. Es atacado muchas veces; otras está ó se cree envenenado. Lleva su dinero consigo «para no estar espuesto á ser asesinado y robado como se acostumbra en Nápoles.» El papa le hizo envenenar con diamante en polvo, pero la avaricia del platero le hace no moler más que berilo; en otras ocasiones debe su salvacion á su robusta salud. Se liberta de procesos que se quieren intentar contra él por horribles desafueros, y á veces sólo haciendo gran ruido; como en el caso en que, acusado por un mudo, como en el caso en que, acusado por una mujer de un pecado contra la naturaleza, no se disculpa de otra manera sino exclamando que es preciso comenzar por quemarla como cómplice y paciente.

De seguro su relacion, como todas las autobiografias, es exagerada, á pesar de una apariencia de confiada ingenuidad por los sentimientos propios al autor; y su incomparable jactancia le impele á alabarse hasta del crimen. Sin embargo, las querellas y los ataques eran entonces muy frecuentes entre los artistas. Miguel Angel tuvo siempre la señal del puñetazo que le dió Torrigiano; Ticiano pintaba muchas veces con la coraza; Pedro Facini atentó á la vida de Annibal Carracho; Lazaro Calvi envenenó á Jacobo Baregone, y se cree que el Dominiquino concluyó tambien con el veneno.

Para terminar: no se encuentra en el siglo de oro de la literatura italiana un nuevo género, un arranque de verdadera originalidad como en el siglo anterior. En un principio los estudios se fundaron sobre lo antiguo, pero para hacerse superior á él, se meditaba sobre Aristóteles y Platon, pero para rechazar sus errores y desarrollar sus concepciones. Los políticos adoptaban las reglas de los antiguos, para seguir los giros sociales en todos sus pasos, lo que nunca habian hecho aquéllos. La poetica se deducia de la epopeya clásica, pero se escribian poemas que violaban todas las reglas; y de esta mezcla de imitacion y espontaneidad resultó un estilo naturalmente puro y bueno, tanto en todos los escritos, como en todas las artes: eran clásicos mientras podian serlo sin genio.

Pero el estudio de los antiguos hace contentarse con imitarlos, en lugar de dar á las inteligencias una nueva actividad. Ruscellai compila la *Rosmunda* como las tragedias antiguas, y las *Abejas* como Virgilio; Sannazar, que tiene á la vista á Mergellina y al más hermoso golfo del mundo, canta la Arcadia ó traslada los dioses del Olimpo á la casta cabaña de Nazaret. La comedia alambica las intrigas de Plauto ajustándolas á las costumbres modernas. Lo mismo sucede á las bellas artes: Palladio edificó un teatro á la antigua y con-

vierte al Vaticano en palacio de las musas. El pensamiento debía de esta manera permanecer con trabas dentro de formas que le eran estrañas; de aquí procedia el haber poco ó ningun vigor, sentimiento, profundidad, idea, concision poderosa y sagacidad filosófica. Sutilen en conocer los defectos de la sociedad y en revelar el ridículo y la infamia, los escritores aceptan las opiniones más variadas, y no diferencian el error de la verdad ó permanecen indiferentes á ella.

La pretension de escribir como Ciceron hizo conocer la impotencia del latin en espresar ideas nuevas. En su consecuencia se pensó en rivalizar con los antiguos en la lengua vulgar, dando al italiano una correccion y dignidad desusada. Pero aun entonces se introdujo la guerra de la erudicion y de las formas escolares: en lugar de manejar la lengua del pueblo con un artificio doctrinal, se produjeron ideas comunes en un estilo suelto. Hicieron períodos vacíos y prolijos circunlocuciones sin fin, frases pedantescas, con la deplorable necesidad de aplicar, para ser puro, las ideas del mundo antiguo á la sociedad moderna. Los versos son centones de Petrarca por la costumbre que habian adquirido al hacer los latinos, que sólo podian componerse de memoria; todo el entusiasmo se cifraba en hacer buenos versos, reduciéndose á continuos lamentos por la crueldad de las hermosas y á deseos de dejar la vida que eran

muy raros en tiempo tan indulgentes, y muy combatidos por los novelistas. Ya no se hallan entonces la política, la teología, las severas inspiraciones de Dante, sus estensas alusiones, ni los grandes resortes religiosos. Los literatos no procuran penetrar en la inteligencia divina; y á lo sobrenatural en los pensamientos sustituyen lo sobrenatural en las fantasias. Siendo un objeto agradable más bien que al pueblo, á los doctos y á las cortes, necesitaban entregarse á la frivolidad y á la adulacion, á una literatura de mero lujo, que nunca llega á una grandeza verdadera.

En aquella época florecian en Europa hombres cuyo nombre ha permanecido inmortal. Sin embargo, nada indica en los escritores italianos el que los hayan conocido, y ninguno, en sus discusiones tan vivas, pensó en establecer un paralelo entre la literatura nacional y la de los extranjeros. Sólo el Tasso manifestó más tarde admiracion por Camoens, tal vez con el objeto de no confesar la superioridad de Ariosto.

Proclamemos, pues, el incontestable mérito de los grandes escritores del siglo xvi con respecto á la forma; pero sintamos la necesidad de estudiar en ello lo bello separado de lo bueno y de lo verdadero; deploramos un progreso que era enteramente en ventaja de la elegancia, al paso que del otro lado de los Alpes la razon se aprovechaba de ello.